

VALIJA DIPLOMÁTICA. ENCUENTRO DE ENBAJADORES DE ESPAÑA Y PORTUGAL

IGNACIO CHATO GONZALO

Coordinador

IGNACIO SÁNCHEZ AMOR

El carácter discreto, reservado si se quiere, inherente al quehacer diplomático, no facilita precisamente los encuentros públicos y bilaterales de embajadores y, mucho menos, si la convocatoria en cuestión tiene como fin el que hablen de su trabajo en los países en los que ejercieron como representantes de sus respectivos estados. Pues bien, esta rara y especial ocasión nos la ha brindado la edición de *Ágora Palestra* de este año, que ha conseguido reunir a los que han sido jefes de las legaciones de Portugal en Madrid y de España en Lisboa, Leonardo Mathias, en dos períodos, 1963-1967 y 1993-1999, y José Rodríguez-Spiteri Palazuelo, 1999-2002. Acompañados ambos por dos altos funcionarios de la carrera diplomática, Bernardo Fuchter Pereira y Álvaro Alabart Fernández Cavada, ligados con encomiable continuidad al ámbito de las relaciones hispano-lusas, el primero como cónsul portugués en Barcelona, después de servir de asesor de la Presidencia de la República, y el segundo como ministro consejero de la Embajada española en Portugal. Una reunión de alto nivel patrocinada por quien se ha convertido, como destacaron los ponentes, en uno de los principales adalides del acercamiento peninsular, Ignacio Sánchez Amor, que no sólo ha logrado convertir a Extremadura en un modelo a seguir en el ámbito de la cooperación transfronteriza, sino que ha situado a esta comunidad y a sus instituciones en primera línea en el estrechamiento de las relaciones entre los dos países.

Portugal ha sido para España, como España para Portugal, centro principal de su diplomacia. Más allá de la evidente cuestión de vecindad, entre ambos países se ha ido tejiendo secularmente una extensa red de vínculos y relaciones, que ha convertido a la Península en un espacio más común y conectado de lo que habitualmente nos atrevemos a reconocer. Y aunque el peso del tópico del mutuo desconocimiento, de dos países que se encuentran vueltos de espaldas -de *costas viradas*-, sigue lastrando cualquier acercamiento, su base es menos sólida y real de lo que se suele suponer. Es cierto que las dictaduras de Franco y Salazar impusieron una mirada ensimismada e indiferente hacia su entorno exterior, lo que ha provocado una prolongada miopía hacia el país vecino, pero cuando alargamos el horizonte temporal y nos prolongamos en los siglos XX y XIX, por no irnos más lejos, la visión se hace más amplia y compleja. La interconexión política entre ambos países; la intensidad de sus relaciones comerciales, incluyendo el significativo ámbito del contrabando; la constante presencia de emigrados, especialmente relevante el de gallegos en Oporto y Lisboa; las relaciones transfronterizas o rayanas, eso sí, casi siempre conflictivas; el continuo trasvase de exiliados y, en fin, los encuentros y desencuentros provocados por ciertos anhelos iberistas y las reacciones patrióticas portuguesas, efecto de recelos inveterados, han hecho de las relaciones hispano-lusitanas un espacio preferente de la actividad diplomática de ambos estados. Precisamente por esta trascendencia, Madrid y Lisboa se han erigido en plazas diplomáticas especialmente sensibles y delicadas, convirtiéndose los enviados a sus legaciones en piezas claves de la política de sus respectivos gobiernos. Como reconocían los propios protagonistas, Leonardo Mathias y Rodríguez-Spiteri, las embajadas que ocuparon se conciben en la carrera diplomática como un puesto “de los grandes”, de los que exigen dedicación, intensidad y trabajo. Un destino exigente, formado por equipos numerosos, que implica, además de una alta conexión con los asuntos europeos en los que se enmarcan las relaciones bilaterales, un plus de diligencia y de responsabilidad. No por casualidad, como apuntaba Sánchez Amor, en el caso de la legación española en Portugal, todos los

embajadores que han ocupado esta misión desde la transición hasta el presente, a excepción de Raúl Morodo, han sido diplomáticos de carrera y no políticos destinados a tal efecto.

Los embajadores han constituido un punto de vista privilegiado en la percepción oficial que se ha ido conformando del otro país. De una u otra forma, han creado un estado de opinión, en competencia con otras visiones e intereses, que ha guiado, en buena medida, las intenciones y los propósitos políticos de cada estado. Como admitían los dos ex embajadores, sus misiones ofrecen líneas de comunicación directa en todas las esferas ministeriales, disponiendo de un amplio espacio de autonomía y de orientación política. De hecho, son ellos, junto a los consejeros y asesores ministeriales presentes en las legaciones, a modo de equipo complejo de trabajo, los que vienen a concretar las agendas ministeriales y presidenciales en las materias que incumben a las relaciones bilaterales. Fuchter exponía la gravedad de la tarea del diplomático al tratar de aprehender y comprender la realidad del país en el que se halla destinado. Una posición que exige “estar permanentemente con las antenas abiertas” para captar y entender, en todo su significado, la dinámica social, empresarial, política y cultural entre la que se encuentran y que, de múltiples formas, puede afectar a las relaciones bilaterales.

De la misma manera, han sido los instrumentos principales para el cumplimiento de las estrategias diplomáticas y proyectos de cada gobierno, condicionados en su empeño por las particulares coyunturas políticas, bilaterales e internacionales que les ha tocado vivir en el ejercicio de sus misiones. En el caso que nos ocupa, y en lo que los cuatro ponentes coincidieron, el telón de fondo de su labor estuvo caracterizado principalmente por la común integración de ambos estados en la Unión Europea, cuya formalización vino a producirse en 1985. A punto de celebrar el 25 aniversario de nuestra admisión, este hito era destacado por Álvaro Alabart y Bernardo Fuchter como el principal factor de cambio en las relaciones peninsulares. Más allá de los procesos de transición vividos casi al unísono –la Revolución de los Claveles a raíz del golpe del 25 de abril de 1974 y la Transición

española a partir de la muerte de Franco el 20 de noviembre de 1975-, que desembocaban en la definitiva democratización política, el verdadero espacio de encuentro, de efectivo acercamiento entre los dos países venía de la mano de nuestra incorporación a una misma comunidad supranacional. Un reconocimiento que tiende a relativizar, en el ámbito de las relaciones bilaterales, el significado de los cambios políticos que condujeron a la consagración de sus respectivos regímenes parlamentarios, minimizando su repercusión en el efectivo encuentro interpeninsular. En otras coyunturas históricas, los dos países han desarrollado situaciones políticas equiparables, e incluso de destacable sintonía gubernamental, sin que esta afinidad hubiera derivado en una mayor aproximación o interconexión entre los dos países. Sólo a raíz de la común pertenencia a la Unión Europea, garante de equilibrios y equidistancias, se conseguía iniciar una nueva etapa en las relaciones luso-españolas, dando fin a ese periodo que Alabart calificaba de “largo desencuentro”.

No quiere esto decir que el fin de las dictaduras no supusiera un evidente cambio en el modo de mirarse uno y otro país, y que vinieran a plantearse nuevas formas de entenderse y de relacionarse. Al fin y al cabo, como apuntaba Fuchter, durante el largo período de más de treinta años en el que Franco y Salazar se mantuvieron al frente de sus respectivos estados, y ello a pesar de las complicidades y similitudes existentes entre ambos regímenes, cabe contar un total de seis encuentros entre los mandatarios de uno y otro país. Franco, de hecho, viajó una sola vez a Portugal en 1949 y Salazar jamás visitó Madrid, tratándose apenas de entrevistas breves, convenidas habitualmente en puntos de la frontera, de muy escasa resonancia política y escaso alcance diplomático. Situación fácilmente contrastable con las visitas ofrecidas por los jefes de estado de la democracia. En el caso particular de Jorge Sampaio, del que Fuchter fue asesor, viajó oficialmente a España en nada menos que dieciocho ocasiones durante los dos mandatos en los que ocupó el cargo de Presidente de la República. También frecuentes han sido las visitas del Jefe del Estado español, que en ese mismo período se trasladó diecisiete veces a Portugal, que se suman a la larga serie de viajes

oficiales que el monarca español ha realizado desde su coronación. No obstante, a pesar de las interacciones, semejanzas y coincidencias de los cambios políticos que dieron fin a las dictaduras peninsulares, conviene destacar que los procesos que desarrollaron en su tránsito a la democracia presentan notables diferencias. Un hecho a tener en cuenta para la correcta comprensión de las realidades y dinámicas políticas de uno y otro país, que no resultan tan coincidentes ni equiparables como pudieran parecer. Rodríguez-Spiteri señalaba al respecto la necesidad que tuvo, en su condición de embajador, de disponer de un contacto directo con las fuerzas de extrema izquierda, dado el protagonismo político que mantenían, nada comparable al papel que han representado en España. En este sentido valoraba el acceso que tuvo al líder comunista, Álvaro Cunhal, y los contactos fluidos que pudo mantener con el Partido Comunista de Portugal, que contrastaban con las dificultades de entablar una mínima relación con el *Bloco de Esquerda*. De igual modo, para los portugueses tampoco ha resultado fácil entender la nueva configuración política española, especialmente, como reseñaba Leonardo Mathias, en lo relativo a su configuración territorial y la asimetría política derivada de los nacionalismos periféricos.

A partir de la firma de los tratados de adhesión, los asuntos pendientes entre los dos países, problemas irresueltos que arrastraban, en algunos casos, una desatención secular, eran puestos encima de la mesa y obligados a resolverse. Bien es cierto que, en los años en los que se llevaron a cabo las negociaciones previas a la entrada en Europa, las relaciones bilaterales atravesaron por su período más conflictivo y complicado, pero más allá de los intereses contrastados y las desinteligencias, uno y otro estado se veían obligados a entenderse. Una “aproximación forzada”, en palabras de Fuchter, que si en la década de los ochenta provocaba diversos grados de ansiedad y preocupación en los gobiernos de uno y otro país, todavía presentes ciertos recelos y suspicacias, en los noventa derivaba en un sentimiento de confianza mutua. Una “complicidad política” que permitía tomar conciencia de las necesidades e intereses comunes, abriendo el campo de actuación hacia la adopción de posturas y planteamientos compartidos y la

puesta en marcha de proyectos conjuntos. A partir de entonces, las relaciones luso-españolas entraban en una nueva dimensión, transformando lo que Sánchez Amor calificaba como “agenda de conflictos” en una “agenda de cooperación”. Esta nueva realidad diplomática se ha venido plasmando, desde entonces, en las cumbres hispano-portuguesas, que se han convertido, como señalaba Rodríguez-Spiteri, en el foro principal en el que tratar los “grandes temas”. “Agendas poderosas” que contenían áreas de negociación estratégicas, destacando un ámbito de especial preocupación, que Leonardo Mathias también subrayó, como ha sido el de la regulación de los recursos hídricos comunes. Cuestión esta especialmente sensible en relación con los trasvases que se planteaban en torno a los tres grandes ríos compartidos (Duero, Tajo y Guadiana), mencionando como hito de esas negociaciones la aprobación definitiva de la construcción de la presa de Alqueva. Otro de los temas que ha supuesto una constante preocupación diplomática ha sido la presencia empresarial española en Portugal, que en un principio tuvo que superar las prevenciones lusas, que la percibían como “apabullante, excesiva o arrolladora”. Sigue siendo una cuestión de negociación permanente la planificación y construcción de las infraestructuras transfronterizas, que en los últimos años se ha centrado en la construcción de la línea de alta velocidad Madrid-Lisboa. También las relaciones comerciales entre los dos países y el nuevo flujo de inversiones, que han venido a situar a uno y otro país en destinos principales de sus respectivas exportaciones, han ocupado gran parte de la acción diplomática conjunta. Cuestiones, todas ellas, de gran calado, complejas y delicadas, que han ido conformando el estado actual en el que se encuentran las relaciones bilaterales.

Una vez solucionados o encaminados estos grandes temas estratégicos, el grado de implicación diplomática alcanzado entre los dos países ha permitido, en los últimos años, la inclusión de nuevas áreas de colaboración y cooperación bilateral, que suponen, en palabras de Fuchter, una “nueva dimensión”, un “nuevo espíritu”, en las relaciones luso-españolas. Consecuencia de esta sintonía se enmarcan los proyectos de cooperación científica, como la próxima creación del Instituto Ibérico de Nanotecnología en

Braga o el establecimiento del centro de estudios ibéricos sobre energías renovables en Badajoz, concreciones ya palpables de esta nueva forma de entender las relaciones bilaterales. Mayor importancia adquiere, en el complejo panorama internacional, la toma de una misma posición en relación a los graves problemas globales y la adopción de posturas comunes en los distintos foros internacionales. En este sentido cabe destacar la puesta en práctica de proyectos conjuntos para terceros países, bien en regiones de tradicional presencia luso-española de América Latina y África, bien para la defensa en comandita de intereses y proyectos peninsulares ante la Unión Europea. En este aspecto, como apuntaba Sánchez Amor, las embajadas de Madrid y Lisboa han estado ocupadas por diplomáticos con experiencia previa en asuntos europeos, condición nada azarosa que han venido cumpliendo de manera general los embajadores nombrados para estas misiones. Leonardo Mathias y Rodríguez Spiteri corroboraban este hecho, admitiendo que la dimensión europea de determinados ámbitos de decisión exige, para un trabajo efectivo y coordinado entre los dos países, un dominio previo de las grandes cuestiones europeas.

Esta acción diplomática, que ha supuesto, sin duda, el más intenso y prolongado período de cooperación, no ha estado exenta de dificultades. La primera de ellas ha sido, como señalaba Leonardo Mathias, el desconocimiento mutuo. Recordaba el ex embajador luso que en su primer contacto, después de consagrada la transición, no tenía idea ninguna de la nueva situación política española. Y aunque las “grandes realidades” que vino a conocer veinticinco años antes, en su primer mandato al frente de la Embajada portuguesa en Madrid, seguían siendo las mismas, los cambios operados habían modificado sustancialmente la visión que de España se tenía desde Portugal. Uno de los ámbitos que mayor complejidad ofrecía el nuevo régimen democrático, a ojos del observador luso, era la nueva configuración autonómica, que exigía una forma diferente de percibir el país. Ahora debían tenerse en cuenta realidades que resultaban completamente ajenas a la cultura política portuguesa, como los hechos diferenciales perceptibles en regiones como el País Vasco, Cataluña o Galicia, o la descen-

tralización política y administrativa que afectaba a las distintas comunidades en que había venido a configurarse el estado español.

La configuración territorial española, tan disímil al centralismo del estado portugués, ha exigido una nueva forma de entender y desarrollar los procesos de negociación y acuerdo entre los dos países. Una verdadera renovación en la dinámica diplomática, un reto que ha supuesto la progresiva incorporación de las Comunidades Autónomas limítrofes –Galicia, Castilla León, Extremadura y Andalucía- a los encuentros bilaterales, participando en ámbitos de discusión en los que las competencias están gestionadas, a veces en exclusiva, por las administraciones autonómicas. Y aunque la estructura administrativa portuguesa no tiene ninguna coincidencia, a título competencial, con la española, la presencia de los Presidentes autonómicos en las cumbres -y en las menos conocidas reuniones anuales que presiden los ministros de exteriores de ambos países- ha contribuido a que la acción exterior de las comunidades venga a integrarse en las agendas bilaterales. Ha sido precisamente este nuevo protagonismo de las autonomías el que ha planteado un más amplio horizonte en las relaciones luso-españolas, no sólo por su presencia física en los encuentros de alto nivel, sino por su contribución a la formación de una nueva y más extensa red de contactos y de proyectos de colaboración. Como acertaba a describir Sánchez Amor, las comunidades habían abierto un nuevo marco basado en la cooperación transfronteriza, abordando temas que venían a definir lo que denominaba una nueva “agenda de proximidad”. Como reconocía Alabart, el papel de algunas autonomías en el nuevo devenir diplomático había sido especialmente significativo, destacando en esta tarea la de Extremadura, que había sabido apostar por su mirada hacia el oeste y afirmar, como había hecho el Presidente de esta Comunidad, Guillermo Fernández Vara, que “la suerte de Extremadura es contar con Portugal”.

Este nuevo lugar de encuentro planteado entre los territorios rayanos contribuye a la generación de un nuevo valor añadido, entendiendo de forma diferente su posición y localización, prescindiendo de los límites estatales y tomando al país vecino como un espacio abierto en sus relaciones y pro-

yecciones. De este modo, áreas limítrofes que habían sufrido los efectos negativos de las fronteras -el despoblamiento, el atraso económico, la ausencia de servicios y, sobre todo, la falta de expectativas- van cobrando un nuevo significado cuando cruzan sus miradas, lo que les permite desprenderse de esa imagen de zonas pobres y deprimidas con la que han estado asociadas. Fruto de esta cooperación transfronteriza, Alabart destacaba los logros conseguidos con esa forma de “mirar con ilusión a Portugal”, de la que Extremadura, en una época reciente, había sido pionera. Patrocinando contactos y relaciones entre los territorios fronterizos, avanzando en el conocimiento mutuo de los dos pueblos, la Junta de Extremadura, a través del Gabinete de Iniciativas Transfronterizas y de otras consejerías, está alcanzando un grado de cooperación que no tiene marcha atrás. El uso de la maternidad de Badajoz para los habitantes del Alentejo portugués, que ya es una realidad, supone el primer paso de un modelo alternativo de entender los servicios públicos de forma compartida. El establecimiento de la Delegación de Extremadura en Lisboa, destinada a amplificar la presencia de esta región en Portugal y favorecer en tierras lusas las iniciativas empresariales y los contactos culturales, expresa claramente su apuesta decidida por crear en este país un escenario preferente para el desarrollo de sus potencialidades. Pero es también una forma diferente de entender la diplomacia, en la que el diálogo prima sobre el monólogo y en donde la flexibilidad ofrece mayores ventajas. Paradigmático resulta el acuerdo en torno a la localización de la estación fronteriza del tren de alta velocidad, que se ha decidido situar finalmente en la misma frontera, cediendo Badajoz en su peso demográfico y comercial ante el municipio de Elvas -150.00 habitantes de la ciudad española frente a los 30.000 de la localidad portuguesa-, apostando antes por el proyecto transfronterizo que por otros intereses locales. La reciente creación de la Eurorregión Alentejo-Centro-Extremadura (EU-RORACE), confirma, también del lado portugués, la apuesta por la cooperación interregional, más allá de las limitaciones estatales, dotándose de un ámbito institucional que multiplicará los logros y acuerdos en materias cada vez más amplias y diversas.

Lo cierto es que, como acertaba a declarar Fuchter, las relaciones entre España y Portugal deben plantearse desde una concepción multilateral. No sólo por el destacado y reconocible interés de las autonomías rayanas, sino por la propia realidad competencial española y la multiplicidad de relaciones que se han ido desarrollando entre Portugal y las distintas regiones. Citaba el caso de Cataluña, que concentra la mayor parte de las relaciones comerciales entre los dos países, y que dispone, síntoma de las intensas conexiones empresariales, de nada menos que 18 vuelos diarios desde Barcelona con destino a Oporto y Lisboa. Se trata de nuevas iniciativas estratégicas que van planteándose en otros territorios peninsulares, como la propuesta del consorcio *Plaza*, ubicado en Zaragoza -y esto sirve de ejemplo de las posibilidades que pueden ir presentándose en un corto plazo-, que plantea la necesidad de que esta gran plataforma logística pudiera disponer de conexión ferroviaria hasta el puerto luso de Sines. Queda claro que el eje Madrid-Lisboa, tradicional vía de los contactos diplomáticos, se ha visto superado por un complejo conjunto de relaciones e intereses. Y aunque se han hecho esfuerzos institucionales para integrar a otros agentes, no resulta fácil dar entrada a los nuevos interlocutores que la propia realidad demanda. A pesar de que la diplomacia luso-española continúa siendo cuestión de dos estados, los nuevos retos pasan por dar la mayor cabida y respaldo a este nuevo haz de relaciones que se va gestando a lo ancho del territorio peninsular. En este sentido, la labor que desarrollan determinadas comunidades autónomas, como señalaba Sánchez Amor, han pasado inadvertidas a ojos del Ministerio de Asuntos Exteriores. Un desconocimiento que no tiene que ver ni con el desinterés ministerial ni con la deslealtad en el quehacer de los gobiernos autonómicos, sino que se debe a la falta de una correcta articulación e incardinación de los proyectos e iniciativas de las autonomías en la política exterior del estado.

No obstante, el conjunto de intenciones y posibilidades planteadas no debe esconder otras realidades, que si bien no niegan este escenario esperanzador y halagüeño y ni siquiera lo ensombrecen, sí conviene tener en cuenta para poder superar con acierto las dificultades que la integran. Una

de ellas, y no menor, deviene de un elemento consustancial de la identidad portuguesa. La prevención ante España constituye un ingrediente principal de la cultura nacional lusa, que a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX fue conformando un discurso patriótico eficaz y efectista. La actitud recelosa y suspicaz ante España era fácil y frecuentemente perceptible, como exponía Rodríguez-Spiteri, recordando los problemas en los que derivó en el tiempo que ocupó la Embajada en Lisboa. Unos años en los que, al calor de la progresiva entrada de la inversión española en Portugal –que en la actualidad representa la mitad de la inversión extranjera-, era frecuente leer en la prensa constantes acusaciones y críticas ante lo que venía a identificarse como una lenta y progresiva conquista española. Hasta el punto de preguntarse el Embajador español cada mañana, antes de hojear los periódicos del día, “¿de qué tendremos hoy la culpa?” Citaba, como ejemplo de esta actitud artera y prevenida, el titular del diario *Expresso* que, tras el acercamiento a la frontera de camiones que transportaban panales apícolas en sus rutas polinizadoras, se atrevía a declarar: “las abejas españolas invaden Portugal”. O, en esa misma línea de conducta, la reacción que acometieron los comerciantes lisboetas contra la instalación de un Corte Inglés en esa capital, todo un símbolo de la ocupación hispana, que iba a suponer la ruina de los pequeños comercios de la ciudad.

La prevención portuguesa ante una pretendida absorción española, que el iberismo contribuyó a propiciar –y el anti-iberismo a solidificar-, ha ido en paralelo al desarrollo de ese intenso sentimiento a favor de la independencia nacional. La vecindad de dos estados que mantienen una evidente desproporción en territorio y población, sin disponer siquiera de una frontera física que actúe a modo de límite y contención, ha generado esa acusada defensa de su autonomía política frente a cualquier amenaza. De ahí que toda propuesta integradora de la que pueda desprenderse una mínima disolución de sus elementos identitarios, es vista con precaución y desconfianza. Así, por ejemplo, la reformulación que del iberismo deriva de ciertos planteamientos internacionales que hacen los nacionalismos vasco, catalán y gallego, que tratan de asimilar su estatus nacional al de Portugal, en una

configuración más o menos confederal de la Península, causa no poca perplejidad para el observador portugués. Así lo consignaba Leonardo Mathias en sus viajes a estas regiones, cuando por ejemplo Jordi Pujol, entonces Presidente de la Generalitat catalana, le confesaba: “vosotros habéis hecho lo que nosotros hubiéramos querido haber hecho, soberanía e independencia”. O cuando el Lehendakari, a la hora de comentar la realidad económica de su región, afirmaba que la balanza comercial del País Vasco con España estaba equilibrada. No andaba muy lejos de la realidad el comentario irónico que Sánchez Amor trasladaba a Fuchter, al indicar que no pocos políticos nacionalistas catalanes querrían ver en su figura no la del Cónsul luso en Barcelona, que es la que representa, sino la del Embajador de Portugal en Cataluña.

En España no existe –ni ha existido–, ciertamente, semejante actitud preventiva y recelosa, antes al contrario, un importante número de españoles se ha mostrado favorable, desde hace más de dos siglos y todavía en la actualidad, a formar con Portugal una misma entidad supranacional. No obstante, a pesar de ese sentimiento filo-peninsular, proiberista, si se quiere, se mantiene entre los españoles una actitud de indeferencia hacia el país vecino, un prejuicio, como señalaba Fuchter, que parte de cierto sentimiento de superioridad, de ver a Portugal en un estadio más atrasado que su propio país. En Portugal, salvando a la élite cultural, tampoco España despierta gran curiosidad, derivándose, en consecuencia, un amplio y peligroso espacio para el desencuentro. El desinterés mutuo se convierte así en una inercia difícil de vencer, que genera un profundo desconocimiento e impide disponer de una visión lo suficientemente compleja y completa del otro. A pesar de las intensas relaciones comerciales y de las inversiones empresariales, a pesar de los flujos turísticos entre uno y otro país, las relaciones entre los dos países siguen resultando poco profundas. Es cierto que existe un “sustrato económico” que empuja hacia la conexión y que hace más estrechas las relaciones interpeninsulares. Un movimiento irreversible que debe formar la base para un encuentro más intenso y fecundo. Pero la economía resulta a todas luces insuficiente.

Es en este punto en el que las administraciones de los dos países deben articular los mecanismos necesarios para ahondar en el conocimiento mutuo. En este camino, el aprendizaje de sus respectivas lenguas se convierte en un instrumento básico y preliminar que debe acometerse en primera instancia. El portugués y el español son dos idiomas que, a pesar de las aparentes semejanzas, precisan de un aprendizaje formal. Es cierto que, al calor de los lazos económicos, se ha ido despertando un cierto interés en ambos países. Una demanda, cada vez mayor, detectable en Portugal a raíz de la instalación de empresas españolas, y también en España, especialmente en las localidades limítrofes, debido a la presencia creciente de portugueses en sus ciudades. Alabart apuntaba la importancia de acometer una política lingüística coordinada entre los dos estados, ante dos idiomas que disponen de una población en el mundo de 600 millones de hablantes. En este campo, ha sido nuevamente Extremadura la pionera, primero por medio de los cursos de portugués, coordinados y subvencionados por el Gabinete de Iniciativas Transfronterizas, y, posteriormente, a través de la Consejería de Educación, introduciendo la oferta de este idioma como segunda lengua extranjera en los centros de secundaria. Una experiencia que ha servido de modelo para llevar a cabo un programa ambicioso, tendente a introducir el español en el sistema educativo portugués y el español dentro de la oferta curricular de las Comunidades limítrofes (Galicia, Castilla y León, Extremadura y Andalucía). Proyecto no exento de dificultades que tiende a romper con la tendencia de confrontación idiomática que han mantenido los dos países.

Pero además del idioma, es necesario tender y reforzar otros lazos que contribuyan a desarrollar un más amplio frente de contactos. Bernardo Fuchter reconocía la necesidad que Portugal tiene de hacerse más visible en España, que Alabart corroboraba atendiendo a la escasa presencia cultural lusa. De hecho, no existe todavía un solo Instituto Camões, el equivalente al Instituto Cervantes español, en Madrid, que pueda servir de centro desde el que irradiar y dar a conocer la cultura portuguesa. En cuanto al Cervantes existente en Lisboa, se ha quedado pequeño para las necesidades actuales y las ambiciones futuras, resultando urgente su pronta ampliación. Es

cierto que las comunidades limítrofes están supliendo estas carencias con iniciativas propias, pero los efectos se verían multiplicados si se vieran acompañados de una acción institucional por parte de uno y otro estado. En este sentido, como apuntaba Rodríguez-Spiteri, proyectos consolidados como *Agora*, patrocinado por el Gabinete de Iniciativas Transfronterizas, que cumple ya diez años, resulta de la mayor eficacia para conocerse más y mejor. Propuesta que sería útil y necesario extender a otros lugares y tratar de ampliar, con esta y otras iniciativas semejantes, la cobertura cultural que precisan las relaciones peninsulares.

En la última Cumbre hispano-lusa, celebrada en Zamora el pasado mes de enero, coincidió la puesta en acción de dos nuevos embajadores. Conscientes de la nueva realidad bilateral que les toca vivir, Alabart confesaba los deseos de ambos por acometer un programa que exprese el grado de madurez alcanzado en las relaciones entre los dos países. Su objetivo es abordar “temas nuevos” que, al calor de la celebración, el próximo 12 de junio de 2010, del 25 aniversario de la adhesión europea de España y Portugal, vengan a concretar esa nueva dimensión del encuentro peninsular. Sobre estos nuevos diplomáticos recae el legado de sus antecesores en el cargo y, con él, la responsabilidad de dirigir, favorecer y dar forma a un movimiento que tiende a estrechar cada vez más las relaciones entre los dos países. En esta tarea, de seguro, no estarán solos. ❖